

LA CAMELIA

GENTE: ELENA (26 años).
SALVADOR (21 años).
PILAR (38 años).

ACTO UNICO

El salón de recibir en un departamento más bien lujoso en algún lugar de veraneo. ELENA y SALVADOR se están besando, de pie, en el centro del escenario. SALVADOR es un muchacho joven, guapo, tipo deportista; lleva puesta una camisa de cuello y corbata, los pantalones en una mano. ELENA es muy obviamente una estrella de cine, pequeña, guapa: está tratando de esconder un telegrama detrás de la espalda.

Después de algunos segundos de entregarse de lleno al beso, ELENA abre los ojos, mira al público, empieza a hacer ruiditos tratando de separarse. SALVADOR, al fin, separa su boca de la de ella y la mira como fascinado pasándose la lengua por los labios.

SALVADOR (en éxtasis).—Tu boca sabe a menta, cada día más.

ELENA lo mira un momento dudando de la seriedad de sus palabras, luego se saca una pastilla de la boca y la deja en un cenicero.

ELENA (con cierto enfado cariñoso).—Ve a la recámara a acabar de vestirme, ¿quieres?

SALVADOR (en contemplación perenne).—¿Por qué?

ELENA (se muerde un labio; de pronto al borde de las lágrimas).—¿Por qué?, ¿por qué? ¡Dios mío!, ¿por qué siempre la misma lucha todas las mañanas?

SALVADOR.—No sé por qué. ¿Por qué quieres que salga?

ELENA.—Porque un señor no se puede estar metido en su casa durante tres meses sin... ¿Por qué rayos estás tratando de hacerme convencerte de algo que ya había logrado que aceptaras hace media hora?

SALVADOR (impasible).—Porque te quiero.

ELENA.—Yo también te quiero, mi vida, más que tú a mí; pero...

SALVADOR.—No.

Pausa. Elena se muerde el labio

ELENA.—Está bien: nos queremos igual, exactamente igual...

SALVADOR.—Porque ya no se puede querer más.

ELENA.—... porque ya no se puede querer más y somos las personas más felices del mundo...

SALVADOR.—Porque nos tenemos el uno al otro.

ELENA.—... porque nos tenemos el uno al otro y es más de lo que nadie puede soñar. *(Pausa.)*

SALVADOR (imperturbable).—¿Entonces por qué quieres que me vaya?

ELENA (desarmada).—Corazón, no quiero que te vayas: quiero simplemente que saigas a caminar un poco, que respire el aire; un muchacho con tus pulmones necesita mucho aire fresco.

SALVADOR (hincha los pulmones, sonriente).—Bésame.

Por Héctor MENDOZA

Dibujos de PINONCELLY

ELENA (se acerca, débil. De pronto, cobrando energías).—Con una condición: de que te vas a vestir y vas a salir de aquí y no vas a regresar cuando menos en treinta minutos.

SALVADOR.—¡Mjm! *(Se besan. Después, en éxtasis.)*—Menta, pura menta.

Elena lo mira críticamente; luego comienza a mascar y se oye el "crac-crak" de una pastilla entre sus muelas.

ELENA (temperante).—Vete a vestir.

Salvador sale, caminando hacia atrás, sin dejar de contemplar a Elena. Cuando ha desaparecido, Elena va a cerrar la puerta de la recámara. Regresa al proscenio echándole una rápida ojeada al telegrama que ya no tiene por qué ocultar.

ELENA (al público, como si se sintiera un poco avergonzada por lo que acaba de pasar).—Somos marido y mujer. *(Pequeña pausa; se muerde un labio.)* Bueno, no, ¿para qué decir mentiras si de todos modos...? *(Ríe un poco para cubrir que se siente cohibida.)* Ya sé que todo mundo estará pensando: "Bueno, pues si es artista de cine, ¡claro!..." Pero no, hace dos días que me propuso matrimonio. *(Con recato.)* Ahora sí estoy realmente enamorada. *(Ríe, se cubre la cara con el telegrama para evitar un leve rubor.)* ¡Como una idiota! *(Baja lentamente el telegrama; se está mordiendo un labio.)* Cuando lo conocí, Salvador estaba jugando basquetbol y yo era madrina del equipo contrario y..., bueno, ya ven qué guapo es. Una no puede resistirse así a..., es decir: yo no sé ustedes; pero lo que es yo... En fin. Fue una traición horrible, sus compañeros no se lo perdonarán nunca. *(Ríe.)* Le tienen un poco de envidia, en realidad. *(Suspira.)* Han sido tres meses maravillosos, créamelo: aquí, fuera del ruido de la gran ciudad, en este lugar de ensueño, lleno de árboles y de perros y de...

VOZ DE SALVADOR.—¡Elena!

Elena mira hacia la puerta de la recámara, vuelve a mirar al público y deja escapar una risita de satisfacción.

ELENA.—Es él otra vez. *(Da media vuelta y avanza unos pasos hacia la puerta de la recámara. Se detiene, haciendo heroísmos de voluntad.)* ¿Qué quieres?

VOZ DE SALVADOR (muy suave).—Ven.

ELENA (vacila un poco; luego).—¿Para qué? *(Pequeña pausa.)*

VOZ DE SALVADOR (todavía más suave y suplicante).—Ven... *(Pequeña pausa. Elena se muerde muy fuerte el labio.)* Elena..., Elenita...

ELENA (decidida).—¡No! Acaba de vestirme y sal a la calle. *(Al público, como explicación, blandiendo el telegrama.)* Su hermana está aquí en cualquier momento, ¿saben? Me manda un telegrama diciéndome que necesita hablar conmigo sin que su hermano se entere, que es de suma importancia. Dice "suma". Yo..., pues yo sinceramente le tengo un poco de miedo a esta entrevista; pero ¡qué remedio!, una tiene que afrontar ciertas responsabilidades de vez en cuando. En una de mis películas, la heroína, que era yo, gracias a Dios, decía: "Cuando las mujeres aceptan el amor, no saben lo que se llevan...", o algo así; pero de cualquier manera era una de las líneas más gustadas. Yo lloraba mucho cuando la decía. *(Suspira.)* Pero en lo que se refiere a esta visita, si en realidad se trata de algo grave, Salvador no me perdonaría nunca que no hubiera recibido a su hermana. Al principio pensé enseñarle a él mismo el telegrama... y luego, al mismo tiempo, creo que prefiero verla yo sola; él es muy chico y... *(Un poco avergonzada.)* Sí, es menor que yo... dos años... *(Se muerde el labio.)* No: cinco: es menor que yo cinco años... Y por lo tanto yo puedo arreglar con más calma cualquier asunto. Pero estoy muy nerviosa. *(Se muerde el labio.)* Y él tarda tanto para irse. *(Va a la puerta de la recámara.)* ¡Salvador!

Salvador abre la puerta. Tiene puestos los pantalones y el saco.

SALVADOR.—¿No podría quedarme por hoy?

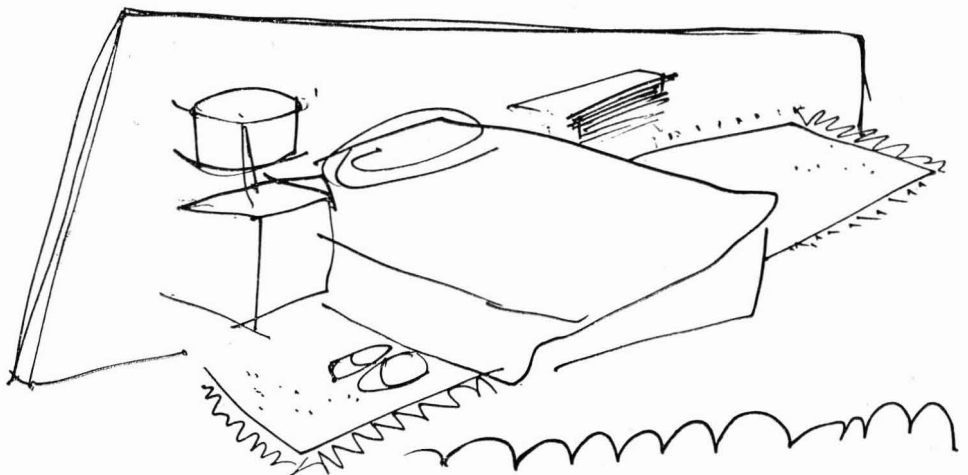
ELENA (materialmente arrastrándolo hasta la puerta de salida).—No. ¿Tú te crees que las mujeres no necesitamos unos minutos de vez en cuando para estar solas y arreglar nuestras cosas? Adiós. *(Lo besa rápidamente en la boca.)* No mires las piernas de las mujeres.

SALVADOR (sonrisa maligna).—Podría verlas.

ELENA.—Pero no las vas a ver. Adiós.

SALVADOR (dándose casi por perdido).—¿Y si saliera esta tarde, en vez? *(Elena lo mira con severidad. Él sale cerrando la puerta tras de sí.)*

ELENA (a la puerta cerrada).—Adiós, mi amor. *(Suspira. Mira al público; sonríe.)* Pues ya se fue. *(Se sienta. Pausa.)* Y ahora a esperar. *(Sonríe al público, nuevamente. Pausa. Se mira las uñas.)* ¡Ay!, creo que empiezo a extrañarlo.



(Pausa.) Salvador no es muy inteligente, es cierto; pero yo tampoco lo soy mucho: una artista de cine no tiene que ser necesariamente inteligente. Somos muy felices; muy, muy, muy felices. (Pausa. Mira su reloj pulsera.) ¡Cómo tarda esta mujer! Hay personas que no tienen sentido de lo que son treinta minutos de una estrella de cine ocupada. Yo nunca he sabido esperar: no sé qué hacer, no sé qué pensar. A veces me pongo a contar mentalmente en inglés; pero nunca he podido pasar de "eleven" y ahí me quedo sin tener otra cosa en que pensar. Lloro de aburrimiento. (Toca a la puerta.) ¡Ah! (Se compone rápidamente frente a un espejo y abre la puerta.) Muy buenos días. Yo soy Elena, usted debe ser la hermana. Estaba esperándola. Pase, por favor.

Entra Pilar, muy elegante, muy distinguida, sin tomar la mano que le extiende Elena; mira a su alrededor.

PILAR (finalmente).—Buenos días.

ELENA (agradable).—¿Quiere sentarse?

PILAR.—Gracias. (Lo hace. Observa fijamente a Elena, que se sienta a su lado.)

ELENA (con una risita seminerviosa).—Estaba deseando conocerla. (Pausa. Pilar sigue mirándola. Elena, nerviosa, adopta una postura absurda.) No me parezco mucho a como salgo en las películas, ¿verdad? Todo es cuestión de luz, ¿sabe usted?

PILAR.—Debo advertirle que me resistía a venir y que mi marido desapruaba totalmente esta visita. Aun ahora, de no ser por la pobre de mamá, este viaje sería absolutamente injustificado. Señorita... (Se detiene, no sabiendo si es correcto llamarla así.)

ELENA.—Benítez: Elena Benítez. Están pasando una de mis películas en el cine de enfrente y si usted tuviera tiempo esta tarde podríamos...

PILAR.—Me temo mucho que el objeto de mi viaje no sea precisamente... (Se detiene, cuidadosa y en cambio lanza una pequeña sonrisa condescendiente.) Le seré franca: yo había prejuzgado la situación porque la había imaginado una persona totalmente diferente; la había pensado más..., ¿cómo le diré?

ELENA.—¿Vieja?, ¿fea?

PILAR (sonríe llanamente).—Menos "ingenua", digamos; pero ahora veo que... Bueno, me ha conquistado usted, señorita Benítez y esto, así de pronto, en vez de ser favorecedor dificulta horriblemente mi tarea. Quiero decirle que, moralmente, mi familia desapruaba esta situación...

ELENA (sonríe triunfante).—Salvador me propuso matrimonio hace dos días.

PILAR (ríe).—No me entiende... Mire, ¿Elena?, ¿puedo llamarla Elena?

ELENA.—Pero sí, por favor.

PILAR.—Gracias. (La mira por un momento, luego sonríe y le palmea una mano.) ¡Qué niña es usted! ¡Qué niña y qué... etérea! No me extraña nada el que Salvador se haya enamorado de usted y le haya propuesto matrimonio.

ELENA (ríe, aliviada).—Usted me gusta a mí también, mucho, muchísimo. (Le besa una mejilla, impulsivamente.) No sabe el miedo tan tremendo que le tenía, señora..., puedo llamarla Pilar, ¿verdad?

PILAR (un poco incómoda).—Naturalmente,

ELENA.—Sí, sí: Pilar, si vamos a ser hermanas. (En su entusiasmo bate palmas.) ¡Qué felicidad! Y pensar que esta mañana no podía besar como es debido a Salvador teniendo ese horrible telegrama en las manos. (Ríe, se cubre la cara para disimular un rubor.) ¡Pero no!, ¡qué estúpida!, ¿qué estoy diciendo? Ese feliz, maravilloso telegrama. (Toma las manos de Pilar.) ¿Verdad que me va a perdonar por haber sido tan tonta, por haber tenido miedo de usted: usted que es la dulzura y la fineza y la bondad mismas?, ¿verdad que perdonará mi estupidez?

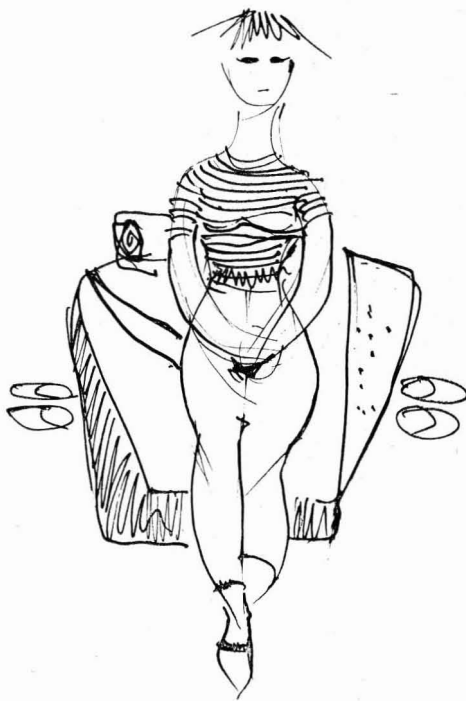
PILAR (apretándole las manos).—Mi pobre, pobre Elena, no me ha entendido usted en absoluto...

ELENA (tomada por sorpresa).—¿Cómo?

PILAR.—Que no: no me ha entendido usted, mi querida amiga.

ELENA (visiblemente descontrolada).—¡Qué tonta soy!; aquí estoy hablando y dejándola hablar sin ofrecerle nada. (Se levanta.) ¿Qué prefiere usted...?

PILAR (deteniéndola).—No, no, por favor no se moleste, ya de por sí le estoy



causando demasiados trastornos innecesarios. No, le agradezco mucho: tengo al chofer esperando allá fuera...

ELENA.—¿Entonces no se va a quedar usted a comer con nosotros?; le aseguro que a Salvador le daría muchísimo gusto...

PILAR.—No, no, no me apene usted más, se lo ruego. Demasiado estoy odiándome ya a mí misma por hacer lo que estoy haciendo, por decirle lo que le tengo que decir.

ELENA (desencantada).—¿Entonces...?

PILAR.—Nada, querida mía, siéntese a mi lado y trate de ser valiente y sensata. (Elena la obedece.) Escúcheme: lo que voy a decirle me va a hacer aparecer ante sus ojos cándidos como una mujer estúpida y cruel y tal vez exista algo de razón en ello; pero yo soy una persona que a mis años ha aprendido que el sentido del deber es una cualidad, si no siempre generosa, sí absolutamente esencial.

ELENA.—Me asusta usted... mucho.

PILAR.—Y con razón, querida niña, porque lo que voy a pedirle exigirá de usted un valor, una bondad, una comprensión y un altruismo superiores a su edad; y,

en fin, una calma que casi no me atrevo a pedirle que conserve. Querida mía, tiene usted que abandonar a mi hermano.

ELENA.—¿Qué dice usted?, ¿abandonar a Salvador? (Ríe.) Seguramente se trata de una broma, ¿verdad?

PILAR.—Desgraciadamente no se trata de ninguna broma, Elena, y si usted no fuera tan niña habría comprendido desde hace mucho que sus relaciones con mi hermano no podían extenderse por mucho tiempo.

ELENA.—Pero ¿por qué no? Nos queremos muchísimo, ¿no es eso suficiente para usted?; ¿qué otra cosa quiere?, ¿qué otra prueba?

PILAR.—La más dura, la final: la separación.

ELENA.—¿Pero por qué?, ¿qué razón tan poderosa existe que la haga a usted, que acaba de confesarse mi amiga, exigirme semejante prueba de cariño y para qué?

PILAR.—No trataré de ocultarle que mi móvil es de una índole parcialmente egoísta; pero sobre todo lo hago por Salvador. Mi madre, y esto en realidad no tiene por qué interesarle a usted particularmente, Elena, morirá seguramente si su hijo no le restaurado en unos pocos días. Salvador, no sé si él se lo haya dicho, es el menor y por tanto el predilecto de los hijos de mamá. Mamá es una persona extremadamente recta que no entiende de estas cosas y la reciente actitud de Salvador la ha llevado a la cama con peligro de muerte. Ésta, Elena, es la parte egoísta de la razón que me hace pedirle a usted semejante sacrificio. La otra parte se refiere a Salvador mismo y casi por lo tanto a usted en particular... (Pilar sigue accionando como si hablara; pero ningún sonido sale de su boca.)

ELENA (al público).—Va a hablar por dos horas. Yo trato de recordar a todos los gatos que me han conocido, con sus nombres y sus mañas. Pero es inútil, habla de Salvador y de mí y es mejor escuchar con cuidado. ¡Ay! (Suspira. Comienza a hablar imitando inconscientemente la manera de Pilar.) Dice que estoy arruinando la vida de Salvador: soy egoísta. Comprendo que es verdad, pero callo. Me informa que Salvador debería presentarse a exámenes dentro de unos días. Mientras exista yo Salvador no se presentará, perderá su carrera, ya no querrá estudiar. Más tarde se dará cuenta del error cometido y ¿a quién va a culpar?: a mis brazos, a mis pechos de cuna..., a mis labios de trampa procelosa. Me va a culpar a mí por haberle ocultado la vida, por cerrar sus ojos, por cantarle al oído y hacerle perder el rumbo en la tempestad. Me va a culpar a mí, a mí que lo quiero como a nada en el... (Se echa a llorar.)

PILAR (grave).—Los hombres que amamos son como nuestros hijos y el romper el cordón umbilical...

ELENA.—Nos sangra el pecho y nos sangra las manos...

PILAR.—Pero de otra manera acabarían atando el cordón a su propio cuello y eso nos dolería más a las que comprendemos nuestra posición de esposas-madres. Es por eso que le pido el sacrificio: por él y por usted misma... (Siguiendo moviendo la boca sin sonido.)

ELENA.—Por mí y por él; porque esta miel no se nos amargue en la garganta... (Mira a Pilar.) Por ella y por la madre de Salvador que necesitan hacer de él un hombre. (Como traduciendo los

movimientos de la boca de Pilar.) Que si no pienso que también para ella, que no tiene ningún derecho, no es terriblemente duro pedir esta clase de dolor... (Pilar también se ha puesto a llorar.) ¡Dios mío!, no llore usted. (Se abrazan llorando.) La comprendo, la comprendo muy bien.

PILAR.—¿Quiere decir que será tan buena, tan generosa, tan angelical, que ha comprendido mis insuficientes palabras y abandonará, así, a Salvador? (Sigue llorando y limpiándose la nariz. Elena ha dejado de llorar; recapacita.)

ELENA.—No. Yo no he dicho eso.

PILAR (deja de llorar instantáneamente). ¿Cómo? (Conteniendo su indignación.) ¿Se ha estado burlando de mí todo este tiempo?

ELENA.—No, no, perdóneme, no quise ofenderla. Dije que la comprendía y es cierto; le doy la razón. ¿Pero cómo puede usted esperar comportamiento razonable de una persona enamorada?

PILAR (guarda silencio por un momento).—¿Entonces mis palabras, mi sinceridad, han sido infructuosas?

ELENA (desmayada).—No, desgraciadamente no. Usted sabe que quiero verdaderamente a Salvador y que no hay cosa que por él...; pero..., no lo sé, no sé si tenga la fuerza...

PILAR (le toma una mano).—Pobrecita mía. He estado demasiado cruel, ¿verdad? Ya no hablaré más, ya no la torturaré. (Se levanta.) ¿Me perdonará usted?

ELENA.—No lo sé. (Se echa a llorar nuevamente.)

PILAR (se inclina, la besa en la frente).—No llore demasiado.

Sale Pilar rápidamente

ELENA (después de un momento, deja de llorar).—No llorar demasiado: los ojos se echan a perder. No dudar demasiado: las acciones pueden perder su validez. (Se levanta. Busca papel y lápiz y se pone a escribir): "Querido Salvador"... No. (Tacha.) "Señor..." No. (Tacha.) "Amor mío...", no puedo vivir aprisionada..., necesito a mi público, me debo a él... No intentes buscarme porque... ¿Por qué?... "Porque le voy a decir a mi criada que te diga que no estoy cuando llames..." No, no. (Tacha.) "Porque me obligarás a quitarme la vida..." No, qué mentiría más grande. (Tacha.) "¡Porque te adoro!" (Rompe la nota.) ¡Qué fracaso!, ni siquiera puedo escribir una nota de despedida. Me tendré que ir simplemente y que cuando regrese encuentre el lugar vacío y crea... No, no hay que pensar. (Se levanta y entra a la recámara.)

Pausa. Por la puerta de la calle entra Salvador escondiendo una camelia detrás de su espalda.

SALVADOR (llama).—¡Elena!

VOZ DE ELENA (desde la recámara).—¡Ay!

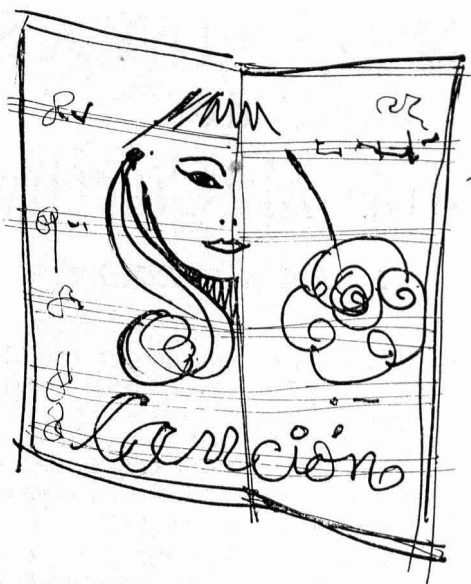
SALVADOR (alarmado).—¿Qué te pasa?

Antes de que Salvador pueda correr a la recámara, Elena aparece en la puerta con una sonrisa culpable.

ELENA.—¿Ya estás aquí?

SALVADOR.—¿Te asusté?

ELENA.—No... Sí, un poco. (De pronto, resuelta.) Salvador... (Vacila. Salvador se acerca a ella y trata de besarla. Ella lo rehuye.) Ya me voy.



SALVADOR.—¿A dónde?

ELENA (muy rápido, muy nerviosa).—No, no, no trates de impedírmelo. Me voy, es cosa decidida. No se puede aguantar más esta situación, todo es un desorden imposible: tus calcetines están por montones debajo de la cama... De veras no puedo quedarme aquí. (Dándose cuenta de pronto de que no está diciendo más que disparates, acelera creyendo que así sonará más convincente.) ¡Y todo! Además, ¿sabes?, algo salió así de repente. Mira, tú debes regresar a tu casa porque... tu hermana..., ¡no, no!, mi hermana..., quiero decir, no... ¡Si tratas de besarme, grito!

Salvador le extiende la camelia. Elena lo mira y se echa a llorar con mucha fuerza.

SALVADOR.—¿Qué pasa?, ¿qué te hice?

Elena se muerde un labio para no seguir llorando.

ELENA.—Nada. No me hiciste nada. (Va hacia él y toma la camelia de sus manos. Salvador la contempla. Elena canta):

CANCION DE LA CAMELIA

La camelia es una cosa
parecida a una mujer...
de la calle.



Es un símbolo de amor
y una ofrenda de dolor...

en Versalles.

Las mujeres se engalanan
y se pintan y se van...

a los bailes.

Cantan, beben, bailan bien
con los jóvenes que son...

de otra clase.

Y se besan, se enamoran
noche a noche sin cesar...

de embriagarse.

Pero llega un día,
traicionero día,
en que el corazón ha de sangrar.

Porque la alegría
de su compañía

(me refiero a la del galán),
ha de terminarse,

de sacrificarse
por intervención muy familiar.

Y las pobres mujercitas
van a esconder su dolor...

en salones.

Cantan, beben, otra vez,
olvidando en el amor...

de otros hombres.

¿Pero olvidan? No: se irán,
enfermando corazón...

y pulmones;

hasta el día en que tendrán
que escoger su locación...

en panteones.

Elena se queda mirando la camelia mientras termina la música. Se vuelve lentamente a Salvador.

ELENA.—¿Por qué?

SALVADOR.—¿Por qué, qué?

ELENA.—¿Por qué las camelias no tienen perfume?

SALVADOR.—Si no te gusta, tírala por la ventana.

ELENA (trágica).—No se deben tirar los espejos: las lágrimas se multiplican con cada pedazo.

SALVADOR.—Entonces cómetela. No sé qué te pasa; no sé por qué le das tanta importancia a una camelia, así de pronto. (Pausa.)

ELENA.—Salvador, ¿me quieres mucho?

SALVADOR.—No.

ELENA.—¿Te morirías de pena si yo te dejara?

SALVADOR.—No.

ELENA.—¿No me buscarías?

SALVADOR.—No. (Pausa.)

ELENA.—¿Por qué?

SALVADOR.—Porque te estás poniendo estúpida y sentimental.

ELENA.—¿Porque me estoy poniendo...? (Pausa; mira la camelia, se muerde un labio.) ¿Es verdad?

SALVADOR.—No te queda.

ELENA (lo mira, sonríe un poco).—No: es cierto. (Mira la camelia, se le acaba la sonrisa. Se muerde un labio. Pausa. Finalmente decidida): Bueno, ¡qué diablos!, ¿por qué he de dejarte?

Elena se pone a desprender los pétalos de la camelia, se los va metiendo a la boca y se los come. Salvador comienza a reírse a carcajadas; hasta que una sonrisa terriblemente maligna se prende en la boca de Elena.

TELON